

Jorge Guillén: cuando el clamor no acalla el cántico

Gustavo Martínez

Gustavo Martínez
minaya07@gmail.com

Profesor de Literatura, egresado del Instituto de Profesores "Artigas". Ejerció la docencia en la enseñanza secundaria pública y privada. Se desempeñó como profesor de Lit. Española I y III y Corrientes Literarias en el IPA entre 1990 y 2008 inclusive. Ha publicado, entre otros, estudios críticos sobre Julio Cortázar, Juan Rulfo, A. Roa Bastos y artículos de su especialidad en la revista digital *Espéculo* de la Universidad Complutense, en *[sic]* de la Asociación de Profesores de Literatura (APLU) y en *Maldoror*. Autor del libro *Historias en las grietas* de reciente publicación.

Resumen

La obra de Jorge Guillén es de una trabajada y sostenida coherencia interior, a pesar de su permanente renovación, y ha fluido por cauces muy poco frecuentados por la lírica del siglo XX y por la propia Generación del 27 en la que los manuales sitúan a su autor. Su poesía transita de una celebración del mundo y la vida, dominante en su primer tramo y jamás abandonada, a una severa y, a menudo, irónica reprobación de un obrar humano empeñado en pervertir y destruir aquello que debería celebrar y agradecer.

Palabras clave: luz, celebración, forma, historia, ritmo.

Abstract:

Jorge Guillén's work contains finely worked and sustained inner coherence despite its ongoing renovation, and it has flowed through channels that are unusual for 20th Century lyric or Spain's Generation of 1927 itself, in whose numbers manuals place its author. His poetry travels from celebration of the world and life, dominant in its early parts and never given up, to severe and frequently ironic reprobation of human endeavor bent on perverting and destroying what should celebrate and give thanks.

Key words: light, celebration, form, history, rhythm.



I) Un camino poco transitado y coherente

Si algo caracteriza la poesía de Jorge Guillén (1893-1984) es su marcado alejamiento de la visión, el tono y las formas dominantes en la lírica del siglo XX. Si esta ha sido, por lo general, sombría, amarga, irracional y hermética, la de Guillén, por el contrario, se distingue, aun en su etapa más cuestionadora (la de *Clamor*) y en el tratamiento de los temas más perturbadores (tiempo, vejez, muerte), por su equilibrio, luminosidad y entrega irreductible a la vida y sus dones.

Ese apego innegociable al mundo y al contacto entusiasta con todo lo que en él hay de natural es uno de los aspectos que contribuye a la sostenida coherencia interior de su poesía a nivel temático y de tono (ya tendremos ocasión de referirnos más adelante en este artículo a su también innegable coherencia formal).

Las primeras tres décadas (1919-1950) de labor creadora del poeta vallisoletano estuvieron dedicadas a componer una única obra, *Cántico*, a la que fue acrecentando con nuevos poemas en sus sucesivas ediciones, desde la primera, en 1928 a la definitiva de 1950, pasando por las de 1936 y 1945. Esto constituye ya de por sí una clara manifestación (aun en el caso de que no tuviéramos ni la más mínima declaración de su autor al respecto, cosa que no ocurre) de la voluntad de integrar los poemas que van siendo compuestos a lo largo de los años en un todo unitario, coherente y armonioso, en torno a ejes nítidamente perfilados: el mundo como exaltadora conjunción de “maravillas concretas”, que ayudan al hombre (si es humilde y sabe ver, dos rasgos no muy frecuentes en la especie, pero que distinguen a la voz lírica guilleniana) a tomar conciencia de sus

límites, a situarse y, en definitiva, a ser; la vida como multiplicidad de experiencias enriquecedoras (aun las más penosas, si se las sabe vivir) que acrecientan íntimamente a quien se entrega abierta y desinteresadamente a ellas; el amor, no solo el de pareja, sino a todo lo existente, como forma de conocerse conociendo al otro y a lo otro y de completarse mutuamente en y gracias a la diferencia.

Su segunda obra, *Clamor* (1963), compuesta al igual que la primera por sucesivos crecimientos integradores (*Maremágnum*, 1957; *Que van a dar en la mar*, 1960 y *A la altura de las circunstancias*, 1963) trajo un cambio radical que no hizo otra cosa que confirmar, paradójicamente, la continuidad profunda que recorre y anima toda la poesía de Guillén. Título y subtítulo expresan el cambio respecto de la anterior. En lugar de “cántico”, con su connotación de celebración de algo superior y sagrado (solo que, en Guillén, lo divino por excelencia son el mundo y la vida, por más que Dios sea mencionado en algunas ocasiones) así como de musicalidad y armonía, encontramos ahora “clamor”, la gritería confusa, hecha de agresividad y/o dolor, que caracteriza las relaciones entre los seres humanos en la historia (sobre todo la del presente y el inmediato pasado del autor). No en vano el subtítulo de este poemario tripartito y, sin embargo, unitario, es *Tiempo de Historia*, mientras que el de *Cántico* expresaba una *Fe de Vida*. Ante la injusticia del obrar humano y la violencia mediante la que es impuesta, el poeta eleva su voz acusadora en nombre de esa misma vida de la que dio fe con su anterior cántico. En consecuencia, si bien hay un desplazamiento y el clamor de y ante la furia avasalladora de la historia que los hombres hacen pasa al primer plano, el cántico no

cesa porque ni el poeta ni su voz lírica han perdido la fe en la vida y continúan dando, en sordina ahora, testimonio de las inagotables posibilidades de crecimiento y realización que esta sigue ofreciendo a los hombres, a pesar de lo mucho que estos se empeñan en arruinarlas. Esa persistencia del cántico y de la fe que lo anima, en medio del clamor de la historia humana, es la que sostiene la voluntad de lucidez y forma que caracteriza a Guillén como poeta. El orden del poema, su límpido equilibrio, son el mejor modo de resistir los desenfrenos de la injusticia y su violencia, de ponerlas en evidencia y desnudar sus mecanismos. No es casualidad que los tres libros que componen *Clamor* se publiquen entre 1957 y 1963. El poeta ha dejado decantar las vivencias traumáticas de la Guerra Civil, el exilio (aún no finalizado por aquellas fechas) y la Segunda Guerra Mundial, para no hablar de lo que vino después. No quería sumar un inútil grito más al clamoreo sino permitir que su voz se elevara con la suficiente perspectiva y autodominio como para tratar de ayudar a disipar la confusión, en lugar de aumentarla, que es el modo más eficaz de perpetuarla.

En 1967, con *Homenaje*, la celebración amplía su alcance al ámbito de la literatura y el arte, si bien no excluye otras expresiones del espíritu humano, mediante una serie de poemas consagrados, como el título del libro lo indica, a homenajear a grandes creadores de todas las épocas. No desaparecen, sin embargo, la historia y sus clamores, los ultrajes a la dignidad humana que, a despecho de ellos, resiste y vence, aun en la muerte, por su inquebrantable voluntad de seguir creando, esto es, de seguir colaborando con la vida, como lo muestra, por ejemplo, *Al margen de Radnóti*, donde el poeta judío-húngaro que menciona el título, aun destrozado por el maltrato que recibe en un campo de concentración, continúa escribiendo, continúa forjando ese “¡Orden, y verdadero, del poema!” que le permitirá derrotar a aquellos que tienen el poder de matar su cuerpo: “Cadáver con sus versos, vivos” (Guillén, 2010, II, 122). Ni todo el mal de que es capaz el ser humano consigue destruir la fe de Guillén en la capacidad vital y, por eso mismo, creadora del hombre.

Tampoco el paso del tiempo, las limitaciones y miserias de la vejez y la creciente proximidad de la muerte logran que el poeta reniegue de su entusiasta adhesión a la vida, sino que acepta todas esas cargas como limitaciones inherentes a todo lo que vive y no permite que le estropee el disfrute de la existencia que le ha sido dada, tal como lo expresa en sus dos últimos poemarios: *Y otros poemas* (1973) y *Final*, aparecido en 1981, pero cuya edición completa y definitiva se publicó de manera póstuma en 1987. Por algo cerró uno de sus últimos poemas con esta afirmación tan sintomática:

En el oscuro futuro,
Y sin el menor conjuro,
Mi esperanza busca nido.
(Guillén, 2010, II, 1483).

Cuando su tiempo se acababa, el poeta del instante presente aún esperaba poder encontrarlo en el futuro. Fe de vida, realmente.

II) Poesía de lo existente

Para Guillén, la vida es totalidad en constante desarrollo, equilibrio entre permanencia y transformación:

Actualidad infinita
Dura creando.
(2010, I, 78)

Los opuestos conviven y contribuyen al dinamismo de todo lo que existe. Lo actual que es por definición limitado, ya que apenas es, pasa, está sin embargo tan preñado de potencialidades que resulta infinito. La temporalidad, que habitualmente es asociada con lo que consume y destruye, se perpetúa, desde la perspectiva de Guillén, en la medida en que crea. De allí que conciba al tiempo como un ser vivo: “Venas del tiempo, laten” (2010, I, 58).

Ante esa milagrosa colaboración del tiempo con la vida y sus criaturas solo caben el asombro y la alegría de poder formar parte de ese organismo en permanente gestación:

Esta mi claridad
O júbilo
De ser en la cadena de los seres,
De estar aquí.
(2010, I, 369)

El hombre, para Guillén, al igual que cualquier otro ser, nunca está solo ni su vida carece de sentido gracias a su participación en esa “cadena de los seres”. Es el propio mundo, si se sabe mirar y apreciar las múltiples relaciones que hay entre todo lo que en él existe, el que libera al hombre de su soledad integrándolo “a un tumulto de acordes” (2010, I, 39). Esa metáfora sugiere mediante el oxímoron inserto en ella que la Naturaleza es una combinación de potencia vital y orden. A Guillén no le interesa la música de las esferas sino el ritmo acordado de este mundo porque, gracias a él, es: “Soy porque resido” (2010, II, 253). No es casualidad (en la buena poesía nunca hay nada casual y menos aún en la de Guillén) la elección del verbo porque “residir” significa vivir habitualmente en un lugar, lo cual implica conocerlo y hallarse integrado a él. De allí la importancia

la muerte inevitable logra disminuir la exaltación vital de la voz lírica, aunque a veces la tiña de melancolía. Acepta ambas realidades como otros tantos componentes de la vida, dolorosos sí, pero cuya aceptación ayuda a construir el propio ser. Saber que va a morir no sume a Guillén en el pesimismo y la desesperación: “Muerte: para ti no vivo” (2010, I, 338). No está dispuesto a dejarse obsesionar por ella ni a permitir que estropee el goce de cada momento de su vida: “Vivir es algo más que un ir muriendo” (2010, I, 894), afirma con serena convicción. Por eso, en respuesta al célebre verso de ese gran angustiado que fue Quevedo (“Presentes sucesiones de difunto”), que cita como epígrafe de su poema “Ars vivendi”, cerrará su propio soneto proclamando:

Y mientras haya vida por delante,
Serán mis sucesiones de viviente.
(2010, I, 1052)

Es tan intenso su apego a la vida que su propósito es convertir la muerte en un acto más, el último, de ella: “Nuestra muerte vendrá, la viviremos” (2010, I, 555). De este modo, transformará la muerte de destino exterior e inevitable en sustancia íntima de su ser y coronación de su existir: “Mi tiempo va a su fin, ay, necesario / Para dar su perfil a mi figura” (2010, I, 1058). Lo que suele ser visto como enemigo, Guillén lo convierte en colaborador de su propia construcción. Pero esto solo es posible si el hombre protagoniza su vida en lugar de dejarse transcurrir por ella. Para eso es necesario que deje de preocuparse por la suerte de su limitado Yo y se acepte como partícipe no privilegiado del orden universal. Entonces, tiempo y muerte perderán su carácter aterrador y definitivo gracias al sentimiento de una trascendencia a través de todo lo viviente, no del individuo: “Desenlace no hay. / Aventura de un sol y de unos hombres” (2010, II, 592).

Frente a la armonía esplendorosa del mundo, el ser humano aparece como un ser en conflicto consigo mismo, como un “Confuso / Discordo forcejeo / Sin fin” (2010, I, 18). Un ser pasajero al que le cuesta aceptarse como tal y reconocer que no es el amo del universo, pero que aun así tiene un papel importante que cumplir en él, el de contribuir a su incesante crear a través de los aportes de su espíritu. Ambos se necesitan mutuamente, pero a menudo el hombre rehúsa admitirlo y vuelca sus afanes hacia fines no naturales, como el poder y los bienes materiales, lo cual lo hace entrar en pugna con sus semejantes y convertirse en “... esa increíble / Potencia de injusticia que es el hombre” (2010, II, 116). Los ejemplos de esa capacidad para el mal estaban muy cerca de Guillén, en su propia España, de la que no dejó de estar espiritualmente cerca aunque estuviera físicamente exiliado. Seguía

doliéndole España como le había dolido a Unamuno. Y lo expresó una y otra vez en sus versos a partir de *Clamor* a pesar de no ser un poeta “comprometido” de esos que convierten la poesía en tribuna o púlpito. No se perdió en detalles ni en individuos, sino que fue a lo esencial, como siempre, como en todo, a la raíz del mal, quitándole con su ironía sentenciosa las máscaras idealistas con que gustaba y gusta disfrazarse. Como cuando definió a Franco, sin necesidad siquiera de nombrarlo, y a todos los que han sido y son como él: “Tirano, / delincuente soberano” (2010, II, 1279). O llamó, a aquel que se proclamaba “El Caudillo”, auto atribuyéndose la salvación de España, “Jefe de mucha muerte” (2010, II, 82). No hacían falta más palabras. Mostró, además, cómo ese poder revestido de ropajes grandiosos (patria, fe, tradición) solo era un gigantesco encubrimiento: “Sobre el crimen un Estado. / Aquí no ha ocurrido nada” (2010, II, 743). Esa ficción se ha llevado a tal extremo que: “Cadáveres sepultos no se sabe Dónde: no hay cementerios de vencidos” (2010, II, 747)

Y los que no han muerto, son perseguidos porque lo propio de la intolerancia es no saciarse nunca ya que solo admite la unanimidad: “Quien disiente, delinque” (2010, II, 508); “¿Disidente? Ninguno / Que no sea culpable” (2010, I, 579). Pero Guillén no está dispuesto a dejarle a la mayoría, no a la que padecía en España la dictadura, sino a todas las mayorías que hacen posible con su silencio el sufrimiento de tantos y la acción impune de tan pocos, el consuelo de su buena conciencia:

Son los más. Y se callan.
Son los más, tan correctos,
Sumisos a los pocos, invisibles,
A los muy pocos. ¿Mágicos? (2010, I, 701)

A pesar de esa aguda conciencia de la capacidad destructiva del ser humano (“Hombre atroz, tan capaz de vaciar el mundo”, 2010, II, 74), el poeta no pierde su fe en el hombre que, a pesar de toda su fragilidad, es capaz también de ser luz: “centella de arcilla” (2010, II, 305). De ser “Hombre de veras hombre / Libre, sí, todo incierto” (2010, I, 18). Por eso, y a pesar de todo lo que acarrea la condición humana, la voz lírica la asume plenamente y a conciencia: “Quiero lo humano efímero” (2010, II, 72). La temporalidad no lo asusta, como ya dijimos, porque no la ve como un puro desgaste sino, por el contrario, como ocasión de crecimiento, de hacerse a sí mismo, con lo cual le arrebató al tiempo su intimidante poder, poniéndolo a su servicio: “Mi ser es mi vivir acumulado (...) /yo soy mi suma” (2010, II, 596). Ni siquiera la vejez lo priva de su vitalidad anímica:

Ese mundo, que en mí se va perdiendo,
Frente a mí sigue intacto
Con su frescor de fábula (2010, II, 593)

El esplendor del mundo lo sostiene y alegra aunque ya no pueda disfrutarlo con la intensidad con que lo hacía en su juventud. Sin duda porque es tal su amor y gratitud hacia él que ha aprendido la obediencia de los seres naturales a la ley el tiempo de la Naturaleza:

(...) A su hora,
Sumisa a la primavera,
Muriéndose está la rosa. (2010, I, 768)

Pero la vida no es para Guillén únicamente contemplación, entusiasmo y celebración de la Naturaleza así como construcción de su propio ser. No estaría completa ni cobraría su verdadero y pleno sentido si no se la viviera en un contacto creador con los demás. Solo con los otros se puede ser. De allí la importancia que el tema del amor tiene en su poesía. Si bien, como ya lo anticipáramos, no se agota en la relación de pareja sino que se extiende a todo lo viviente, ahora nos referiremos brevemente al que une a un hombre y una mujer. Para empezar, es sentido como una gracia que alcanza al individuo y, ante todo, lo asombra: “Amor, amor es don. El pasmo” (2010, II, 996). Es también una forma de conocimiento ineludible “¿Qué es un hombre anterior al otro sexo?/ Lo ignora todo quien no abraza nunca”. (2010, II, 833)

Es, además, una experiencia que acrecienta a los miembros de la pareja a través de su unión. Los ahonda en sí mismos al tiempo que los hace trascenderse en el otro:

¡Amor! Ni tú ni yo,
Nosotros, y por él
Todas las maravillas
En que el ser llega a ser. (2010, I, 109)

Unión de los enamorados, pero también en cada uno de ellos porque, para Guillén, el amor lo abarca e integra todo: el cuerpo y el alma. Nada más ajeno a Guillén que la noción cristiana de pecado. La vida es sagrada, no hay nada malo de por sí en ella ni, por lo tanto, en su más elevada expresión, el amor: “Y por la carne acude el alma” (2010, I, 184). El vitalismo de Guillén supera la vieja escisión cristiana entre cuerpo y espíritu y se aproxima, en este sentido, a la cosmovisión pagana. Pero va más allá de ella también al mostrar cómo cada uno de los enamorados tiene la sensación de acceder, a través del amor, a una dimensión superior. Mejor aún, la descubre y la siente emanar de sí mismo: “Sobrehumana, la arcilla” (2010, I, 186).

III) Una poética de la exigencia

El hecho de que la poesía de Guillén sea cántico y también clamor no implica que esté dominada por el arrebatado emotivo. Brota de él, pero lo elabora intelectualmente antes de expresarlo. Exige, por lo tanto un trabajo consciente, sin apresuramientos, de constante dominio sobre los impulsos para poder alcanzar la claridad de lo esencial. La Belleza no nace del azar, sino de un esfuerzo paciente guiado por una intención precisa. De allí que, al igual que la hermosa Galatea, la poesía sea “bella adrede” (2010, I, 241).

Su tarea es captar la realidad esencial, rescatar y expresar lo que de universal y permanente hay por de-



bajo de la confusa masa de circunstancias en las que vivimos inmersos:

Sólo desearía de los seres
En cuya realidad muy firme creo,
Extraer su virtud, matiz, esencia,
Con amor y con fe decir la vida.
(2010, II, 797)

Para ello, se necesita darle forma: “Forma es fuerza de creación” (2010, II, 232). Es “esa palabra exacta / Donde se vive por segunda vez” gracias a “La voz en luz erguida” (2010, II, 1203). La forma aporta un nuevo objeto significativo (el poema) construido a partir de la experiencia que, gracias a él, se ve iluminada por una perspectiva antes inexistente. La forma, encargada de imprimir una significación esencial y duradera a lo circunstancial y fugaz, no necesita de elementos fuera de lo común porque lo importante en ella es la combinación, el diseño verbal: “La poesía no requiere ningún especial lenguaje poético (...). Sólo importa la situación de cada componente dentro del conjunto, y este valor funcional es decisivo” (Guillén, 1969, 195). Esto es lo que permite alcanzar una expresión única y una plenitud de significación sobre las que se funda la autonomía del poema.

La forma conlleva un orden, elemento fundamental de la poesía para Guillén: “Supere a nuestro mundo en caos / El orden de nuestra palabra” (2010, II, 795). La experiencia en bruto ya la tienen el lector y el poeta en su vida corriente. No precisan de la poesía para eso. Lo que vuelve a esta necesaria es, justamente, el orden, la forma inapelable que le da el poeta a las palabras para desacomodar al lector, descoyuntar sus hábitos mentales y hacer que pueda abrirse, intelectual y anímicamente, a una manera única y distinta de la suya de ver y sentir el mundo y la vida. Los temas que trate pueden ser muy interesantes pero su significación y su impacto en el lector dependen exclusivamente de la forma como el poeta los configure. Para sacar al lector de sí mismo y de las trincheras de lo consabido y aceptado, tras las que solemos protegernos todos, es necesario removerlo y descompaginarlo hasta lo más hondo. En eso consiste la emoción poética, no en el sentimentalismo lacrimoso de los culebrones y especies similares, que no hacen otra cosa que agregar más sacos de arena y alambradas a las trincheras.

Un componente decisivo de la forma poética, presente en ella desde los orígenes mismos de la lírica, es el ritmo, tan importante para Guillén que lo considera inseparable de la significación, es más, significación en sí mismo: “El ritmo significa / También: inseparable criatura” (2010, II, 798). El ritmo es como la vieja reja del arado solo que, en vez de abrir y remover la tierra

para que la semilla caiga y pueda prender en ella, abre y remueve la sensibilidad del lector sin que este se dé cuenta (salvo el muy entrenado) para que la significación del poema opere más eficazmente en ella y se convierta en experiencia poética.

La búsqueda de lo esencial que caracteriza a la poesía de Guillén explica su voluntario despojamiento. La proliferación distrae y oscurece. Es enemiga de la palabra exacta. De allí la buscada y lograda concisión: “Mi alma vendería yo a los diablos / En pro de menos bulto y menos ruido” (2010, II, 858). La sobriedad de su estilo es la necesaria para una poesía de la luz y los contornos definidos, que reflejan la maravillosa perfección del mundo ante la que la voz lírica se extasía. No en vano predominan en su obra un léxico de lo geométrico y las exclamaciones sobre las preguntas y se le concede un papel tan destacado al sustantivo, por su función de hacer presentes las cosas en toda su inmediatez, puesto que en lo finito late lo ilimitado.

Con semejante concepción y práctica de la poesía, resulta comprensible que Guillén confiara mucho más en el hacer del poeta que en la inspiración, aunque no la niegue:

Y azar más necesidad
Abocan al trazo terso
Que esclarece el universo.
(2010, II, 816)

Las circunstancias de la vida y la inspiración forman parte del azar. De la irrupción de esta o de su conjunción fortuita con aquellas puede recibir el poeta el impulso y los materiales de su poema, pero no debe abandonarse a lo que simplemente le sobreviene si es que quiere ir más allá de su punto de partida y forjar algo valioso. La inspiración y los sentimientos que brotan al contacto con la realidad no son poéticos en sí mismos. Por eso afirma Guillén: “Tras la fascinación, el firme pulso” (2010, II, 1186). La fascinación es necesaria para que el poema posea la fuerza de lo auténtico, pero “el firme pulso” es el que la conduce a la forma porque de ella y solo de ella proviene la eficacia y el valor de la expresión. “La armónica aventura exige tino. / Tino esforzado que muy bien ajuste / La realidad y sus posibles dones” (2010, II, 1186). No es el desborde emotivo e inspirado lo que hace que una sucesión de palabras sea un poema, sino la intención intelectualmente clara y el trabajo con el lenguaje los que transforman la mera sucesión en diseño expresivo.

Únicamente de esta manera el poema tendrá ocasión de alcanzar su máxima realización que consiste en ser recibido, no meramente leído, por el lector. No hay plenitud poética sin lector.

Nada estará muerto
Si el lector lo anima,
Del lector depende:
Decisivo duende”. (2010, II, 808)

Si esto ocurre, el poema perdurará más allá del propio poeta, como el mismo Guillén lo reconoce: “El cuento no se acaba. / Solo se acaba quien os cuenta el cuento” (2010, II, 595). Efectivamente, el cuento no ha terminado porque haya desaparecido quien lo contaba. Algo que no puede sorprendernos puesto que siempre lo valioso sobrevive a sus circunstancias, como ya bien lo sabía el propio Guillén:

(...) Nunca de Milo
Depende Venus. (2010, II, 813)

Bibliografía

Guillén, Jorge (1969): *Lenguaje y poesía*, Madrid, Alianza Editorial.

Guillén, Jorge (2010): *Aire nuestro*, Barcelona, Tusquets, 2 tomos.